



La visión del Padre McGivney

El fundador de los Caballeros reconoció que la evangelización y el testimonio caritativo comienzan en la parroquia y dependen de los laicos

por Carl A. Anderson, Caballero Supremo

MICHAEL JOSEPH MCGIVNEY nació de padres inmigrantes irlandeses en 1852 en Waterbury, Conn. Fue el mayor de 13 hijos, seis de los cuales murieron durante su infancia. Patrick, su padre, trabajaba en una de las fábricas de latón de la ciudad, y a los 13 años, Michael abandonó la escuela para trabajar en una de estas fábricas como su padre.

Tras cinco años de estudios en Canadá, Michael volvió a casa para ayudar a su madre a ocuparse de su familia cuando su padre murió en 1873. Al poco tiempo, retornó a sus estudios de seminario, esta vez en Baltimore, y fue ordenado cuatro años después.

En 1882, a cinco años de su ordenación, el Padre McGivney fundó Caballeros de Colón. Ocho años después, murió a los 38 años de edad sirviendo como párroco en la Iglesia St. Thomas en Thomaston, Conn.

Lo más probable es que pensemos en el Padre McGivney como lo hizo el Papa Benedicto XVI en su homilía de 2008 en la Catedral de San Patricio en Nueva York: como un “sacerdote estadounidense ejemplar” cuyo legado forma parte importante del “impresionante crecimiento” de la Iglesia Católica en Estados Unidos durante el Siglo XIX.

Pero también haríamos bien en recordar que muchas de las luchas que enfrentó el Padre McGivney eran muy similares a las que enfrentamos hoy.

En la época del Padre McGivney la Iglesia Católica enfrentaba una seria falta de sacerdotes debido a la enfer-

medad y la muerte prematura. Durante los 12 años del ministerio sacerdotal del Padre McGivney, murieron 70 de los 83 sacerdotes de la Diócesis de Hartford, incluyendo los dos párrocos jóvenes a cuyas órdenes había servido.

Por diferentes razones, hoy muchas parroquias deben fusionarse debido a la falta de sacerdotes en Estados Unidos y en otros lugares.

Como joven párroco, el Padre McGivney debía supervisar dos parroquias. Entre las dos parroquias, los domingos por la mañana celebraba tres Misas. Al igual que muchos sacerdotes hoy, sufría de un terrible exceso de trabajo.

Como muchas parroquias de hoy, la deuda financiera era una carga importante. Cuando el Padre McGivney llegó como sacerdote recién ordenado a St. Mary, la parroquia tenía una deuda equivalente a unos \$3.5 millones de dólares. El New York Times ridiculizó a St. Mary no solo como “desagradable a la vista”, sino también como un “completo fracaso como empresa comercial”. Muchos de los esfuerzos del Padre McGivney se dedicaron a hacer frente a esta deuda e incluso “donó” a la parroquia las donaciones personales que le hacían a él en Navidad.

Igual que hoy, los inmigrantes eran una fuerte presencia para la Iglesia Católica de EE.UU. En St. Mary eran en su mayoría irlandeses. Sin embargo, el Padre McGivney ingresó al seminario en Quebec en parte debido a que eso lo ayudaría a servir



mejor a muchos católicos franco-canadienses que en esa época residían en Connecticut.

De hecho, el Padre McGivney respondió de manera muy personal a los problemas que enfrentaba su comunidad de inmigrantes en la parroquia, incluyendo a los que no tenían un techo, abusaban de sustancias, vivían violencia y desintegración familiar. Esto lo demostró, por ejemplo, en el ministerio de la prisión con Chip Smith y su comparecencia ante la corte a favor de Alfred Downes.

En su primera encíclica, *Deus Caritas Est*, el Papa Benedicto escribió acerca de la necesidad de cultivar un “corazón que ve” dónde se necesita amor. Como sacerdote, en el centro del ministerio del Padre McGivney había un corazón así de caritativo y fue la base para la fundación de Caballeros de Colón.

En un discurso en 1992, el Papa Juan Pablo II dijo, “Las parroquias deben ser centros caritativos, abiertas a las necesidades espirituales y materiales de toda la comunidad. Ha llegado el momento de comprometer la energía de la Iglesia a la nueva evangelización comenzando en la parroquia, una misión cuyos frutos dependen en gran medida de los laicos”.

Más de un siglo antes, el Padre McGivney parecía haber comprendido ya esta gran verdad. Entonces, como ahora, su visión es nuestra misión.

¡Viva Jesucristo!